

Andrew Sean Greer

LESS ESTÁ PERDIDO

Traducido del inglés por Miguel Marqués

Título original: *Less is Lost*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022 by Andrew Sean Greer
© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-152-6
Depósito legal: M. 653-2023
Printed in Spain

Para mi padre, Andrew Greer, un hombre maravilloso

Y, si un hombre lleva en sí algo
abundantemente risible, estad seguros
de que hay más en ese hombre
de lo que quizá imagináis.

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

Atardecer

Unas semanas antes, en el centro médico, Less debería haberse dado cuenta de que su relación pasaba por un mal momento. Se trataba de una extracción de sangre rutinaria para una revisión médica rutinaria, de las que los hombres de más de cincuenta años estadounidenses deben hacerse todos los años. Al abrir la puerta del centro médico tintineó una campanilla, que volvió a sonar cuando trató de cerrar, sin conseguirlo del todo, lo que hizo que sonara una vez más. Y aun otra. «¡Lo siento!», dijo en voz alta dirigiéndose a la sala de espera vacía, en la que únicamente esperaban un dispensador de agua, un tablón de anuncios y una pila de revistas de cotilleo con portadas de colores absurdos. Observemos a Less, no obstante: viste una sudadera fluorescente y un sombrero de marinero marsellés. ¿Quién habla de absurdidades?

En la sala de exploración, el flebotomista (calvo, taiwanés, muy tatuado, dolido aún por una ruptura sentimental que no viene al caso contar aquí) alargó una carpetita a Arthur Less.

—Escriba su nombre completo en la parte superior, por favor —pidió, mientras ordenaba el intrigante instrumental que había sobre una bandeja.

El paciente escribió el nombre Arthur Less.

—Escriba también el nombre de su contacto de urgencia —dijo el flebotomista, preparando el manguito inflable para la tensión.

El paciente escribió el nombre Freddy Pelu.

—Indique también qué relación mantiene con el contacto —añadió.

El paciente levantó la mirada con sorpresa. Nuestro flebotomista enamorado echó un vistazo al cuestionario y volvió a colocar en la bandeja que tenía al lado el manguito de la presión, con esa perilla y ese tubito que le dan aspecto como de animal submarino y que a veces aprieta tanto que parece que mida no la tensión sanguínea, sino la misma hombría.

—¿Qué relación tiene con esta persona, señor Less? —preguntó bruscamente.

—Es una pregunta difícil de responder —dijo el paciente. Hizo una pausa por un instante y, en un gran malentendido con el universo, escribió por fin: «Relación incierta».

Esa torpeza emocional se hizo evidente asimismo en otra ocasión, durante unas vacaciones en coche por California: Less iba equipado únicamente con su amor rodante (un viejo Saab) y algún material de cámping comprado atropelladamente, que consistía en dos sacos de dormir con cremallera interior sellada y un objeto que podría describirse como un enorme disco hecho de nailon. Tal objeto, de fabricación suiza, se desplegaba automáticamente para convertirse en una tienda cuyos vastos interiores sorprendían hasta al más incrédulo: a Less le fascinaban los bolsillos laterales, los respiraderos, el toldillo, las costuras, las telas mosquiteras y la bóveda circular, que le hizo pensar en el Guggenheim. No obstante, como todo lo suizo, el objeto mantenía una postura neutral: no correspondía a Less en su amor. Convencido de su infalibilidad,

Less abrió la tela mosquitera y dejó pasar una díscola despedida de soltero de mosquitos que se abalanzó sobre la barra libre de sangre humana; e incluso se las apañó para confundir la cremallera de la tienda con la de los sacos y dejarlos colgando del techo. El último día, empezó a jarrear a la hora de comer y se hizo evidente que la tienda era muy fiable, pero Less no. Y que era imperativo reservar una habitación de hotel. El más cercano se llamaba algo así como Hotel d'Amour. Less se encontró, en mitad de aquel bosque medio inundado, ante una casita de color pastel e interiores decorados a base de ramos de rosas y muebles chapados en falso pan de oro. La recepcionista lo saludó con gesto sorprendido y amable. El hotel estaba vacío debido a la cancelación de última hora de una boda. «Lo teníamos todo preparado, el altar con las rosas, la oficiante, el convite, la tarta, el champán y hasta el DJ», lamentó la chica con un suspiro. Ella y sus compañeros esperaban expectantes la llegada de cualquier posible cliente. Había una jaula con dos palomas que zureaban con romanticismo. A la corpulenta oficiante se le había empapado el hábito, pero mantenía en el rostro una sonrisa esperanzada. Un cuarteto de cuerda interpretaba *Anything Goes*, el tema de Cole Porter. La tormenta envió una ráfaga de viento que cerró la puerta de entrada violentamente, bloqueando cualquier posible huida. El sino de Less parecía ineludible.

—¿Qué te parece? —pregunté a Arthur Less.

Sí, era yo quien preguntaba. Yo soy Freddy Pelu. Yo soy el contacto de urgencia (el que recogió a Less del centro médico después de que se desmayara tras la extracción de sangre). Soy un hombre bajito y delgado que raya los cuarenta años y que, reticente a abandonar las excentricidades propias de la veintena (dormir con un gorro de seda para no estropearme los rizos del pelo y usar zapatillas de andar por casa con orejas de conejo), se ha convertido en un estrafalario hombre de

mediana edad. Los rizos se han transformado en una especie de zarcillos bañados en plata vieja; las gafas rojas no hacen sino hacer más evidente mi miopía; y, si tengo que dar una vuelta al parque corriendo detrás de mi perro, termino resollando. Sin embargo, no tengo aún ni una arruga y no soy Arthur Less. Si he de hablar de mí, me definiría más bien como una aleación (mi abuela lo llamaría *pasticcio*) de italiano, español y mexicano: meras nacionalidades que presuponen genes ibéricos, nativos americanos, africanos, árabes y francos, los cuales podrían diseccionarse de nuevo hasta llegar al humano básico del que todos descendemos.

Llevo nueve meses conviviendo con este paciente atormentado, este Arthur Less novelista y viajero, en San Francisco, en una casita de madera de un dormitorio, con alguna que otra gotera, situada en los Vulcan Steps, a la que cariñosamente llamamos la Cabaña, que está escriturada a nombre de su antiguo amante, Robert Brownburn, y en la que Less lleva viviendo una década sin pagar alquiler. Comparte las mieles de nuestra felicidad de pareja un cachorro de bulldog llamado Chicazo. Todo el mundo da por hecho que es chico, aunque los chicazos son, por definición, chicas, como Less se ve obligado a aclarar cada vez, no sin cierta exasperación. Convivir con uno y otro es, para Less, una cruz y una bendición. Nueve meses de felicidad no marital, a los que se suman otros nueve años de relación.

Iniciamos una relación muy informal cuando yo tenía veintisiete años y él cuarenta y uno. Yo me ocupé de alimentar esa informalidad a lo largo de nueve años. Yo vivía con un tío mío muy gruñón que se llamaba Carlos. Nunca me adapté del todo a ese hogar de acogida. El inglés era para mí una segunda lengua en la que me desenvolvía no muy hábilmente; cuando lo hablaba, me sentía a veces al otro lado de un interfono estropeado. La Cabaña se convirtió para mí en un rin-

cón acogedor donde dejarme cuidar. Less nunca me exigió más que besos de despedida al salir de casa; yo di por sentado que él vivía a gusto absorbido por el trabajo o cualquiera de los otros asuntos que yo intuía que ocupaban a los hombres de su edad. Nueve años dando cosas por hecho. Es cruel reconocer que, sin embargo, esos nueve años están entre los que más atesoro. Fue el único periodo de mi vida en que me trataron como a un príncipe. Podía entrar y salir y me sentía reprendido, pero a la vez un objeto de adoración. En ese tiempo, no sabía a qué cosa llamar «amor».

Aprendí por las bravas. Una mañana me levanté sintiéndome a un mundo de distancia de Arthur Less. No veía más que el azul intenso de su traje de diseño. Entendí que la felicidad está al alcance de la mano, pero hay que alargar el brazo. Quise viajar por todo el mundo para recuperar su amor.

Sin embargo, Less no se casaba conmigo aquel día en el Hotel d'Amour. Teníamos las palomas y un cátering con camareros, pero ni por esas. Los relámpagos iluminaban el cielo y la lluvia golpeteaba como un tambor. En su rostro se leía una sola palabra: «inseguridad». «Tengo que pensarlo», dijo.

Esta es la historia de la crisis que vivimos juntos. No en el centro médico ni en el Hotel d'Amour (ni durante otras excursiones malhadadas), sino durante un viaje en concreto, que comienza y termina en San Francisco. Entre medias: un avión, una furgoneta, un autobús, un tren; un burro, una ballena y un alce. Pero dejemos de hablar de mí, Freddy Pelu, por un momento, pues no aparezco en esta historia hasta mucho después...

(Por dejar las cosas claras, en el centro médico, debería haber escrito «pareja».)